



La otra Barcelona en *El 47* (Marcel Barrena, España, 2024)

Por Igor Barrenetxea Marañón
Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

España, 2024. Título original: *El 47*.
Compañías: Mediapro Studios, TV3, Telson, RTVE. Dirección: Marcel Barrena. Guion: Marcel Barrena y Alberto Marini. Música: Arnau Bataller. Fotografía: Isaac Vila. Reparto: Eduard Fernández, Clara Segura, David Verdaguer, Zoe Bonafonte, Salva Reina, Aimar Vega, Carlos Cuevas, Vicente Romero, Óscar de la Fuente, Betsy Túrnez, Borja Espinosa y Carme Sansa. Duración: 110 min.

El director barcelonés Barrena, poco a poco está confeccionando una sólida cinematografía, desde su primera realización para televisión, *Cuatro estaciones* (2010), pasando por los documentales *Món petit (Mundo pequeño)* (2012) y *Hermano caballo* (2023), hasta llegar a las películas que le han hecho un nombre, con las reconocidas *100 metros* (2016), *Mediterráneo* (2021) y, por supuesto, la que tenemos entre manos.

El 47 es un filme dulce y entrañable, aborda una temática social muy interesante y poco tratada, como es el desarrollo de aquellas zonas urbanas conocidas como el extrarradio, lugares donde surgió el chabolismo impulsado por miles de emigrados del campo a las grandes ciudades, cuya suerte no fue tan bucólica como quiso plantear el franquismo.



En este caso, se centra en la ciudad de Barcelona, en Torre Baró, situado en lo alto de una colina. Capitanado por un todoterreno y

DOI: <https://doi.org/10.1344/fh.2024.34.1-2.593-596>

Copyright © 2024 Igor Barrenetxea Marañón

Copyright de la edición © FilmHistoria Online, 2024. Todo su contenido escrito está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0.



descomunal. Eduard Fernández (Manolo Vital), la trama plantea la forma en que nació el barrio y los titánicos esfuerzos que tuvieron que hacer sus vecinos hasta lograr que se les reconociera como una parte integral de la Ciudad Condal. Su lucha comienza en unas condiciones terribles, en 1958, cristalizando gracias al compromiso, coraje y solidaridad de gentes procedentes de Andalucía y Extremadura, frente a unas autoridades que de ningún modo fueron indulgentes con los recién llegados. Es el retrato de una sociedad más compleja de lo que se pensaba, donde estos hombres y mujeres, con sus hijos pequeños, deben aceptar los abusos a los que son sometidos sin quejarse, ya sea para adquirir los

preciados materiales de construcción para sus chamizos, o por la intolerancia de la Guardia Civil, nada dispuesta a ofrecer concesiones o proceder con sentimentalismo, sino cumpliendo rígidamente con la ley (erigir una construcción con techo en un día o bien ser demolida). De ahí que sólo la unión comunitaria hace posible que, finalmente, puedan ir colocando las bases del barrio.

Sin embargo, veinte años después, en 1978, aunque las condiciones del barrio han mejorado, ya en la democracia, las casas son más confortables, todavía hay enormes deficiencias con frecuentes cortes de luz y agua, humedades y, lo más relevante, el difícil acceso de vehículos. Los vecinos trabajan en Barcelona y

deben subir y bajar todos los días a pie. También los transportistas se niegan a subir sus mercancías hasta arriba por la pista sin asfaltar. Pese a las reuniones vecinales, no han logrado nada. Hay cierto hastío y, sobre todo, que a los jóvenes, la nueva generación para los que han levantado el barrio con tanto esfuerzo, no les interesa pelear por el mismo. Manolo se ha convertido en un veterano y querido conductor de la línea de autobús 47, vino con su hija Joana (Zoe Bonafonte) de Extremadura, habiendo enviudado, pero acabándose por casar con Carmen (Clara Segura), una antigua monja que asistía a los recién llegados y enseñaba a los niños sus primeras letras. A pesar de su carisma, es un hombre que se desentiende de los problemas, considera que hay que actuar con cabeza. Se resiste al enfrentamiento y se aferra a su manera a sus raíces, aunque ha aprendido bien el catalán y se ha adaptado al entorno en el que vive.



La situación se complica. Hay un claro descontento vecinal por la degradación y la desatención de las autoridades; los niños no tienen una

escuela adecuada, Carmen les enseña en un vagón de tranvía reconvertido, en malas condiciones. Por otro lado, la situación laboral en la empresa de autobuses en la que trabaja Manolo es complicada, hay piquetes y destrozos. Y para colmo de males, su hija se avergüenza del lugar donde vive, no sabe definir su identidad (no como su padre) y se distancia de éste. Todo ello termina, además, en tragedia, cuando su amigo Felipín (Salva Reina), otro inmigrante y buen amigo, desesperado porque ve que nada cambia (incluso tras hacer pintadas en la fachada del ayuntamiento) decide inmolarse como acto de protesta... hasta la comprensiva Carmen, cansada de subir y bajar cuestras, le propone a su marido abandonar el lugar. Pero éste le pedirá paciencia, quiere revertir la situación. Y para ello, a pesar de sus dudas y miedos, se dirige titubeante al ayuntamiento para lograr su propósito de que pongan una línea de autobús a Torre Baró. Nada surte efecto, ni la ayuda de uno de sus pasajeros, un joven abogado, Pasqual (Carlos Cuevas), por lo que decide actuar en consecuencia...

El 47 es una realización muy bien concebida. El uso de escenas de archivo, de la Barcelona de los años 70 insertas, es todo un acierto, y aunque el grano de la película sea diferente, el carácter documental se agradece

porque es como estar viendo sus calles de aquel tiempo. También el ritmo, el estilo y toda suerte de tiernos y diversos personajes (algunos son vecinos reales del barrio) que se nos presentan resultan tiernos y cercanos. La perspectiva de retratar esta zona marginal y de como por el gran empeño de sus habitantes lograron salir adelante, demuestra la firmeza y el carácter humano a la hora de tener un techo donde cobijarse y vivir con dignidad, de adaptarse. Es esa otra España que tuvo que salir airosa desde la más honda miseria por sus propios medios.



No obstante, la película podía haber sacado más jugo a algunos aspectos que se abordan de forma superficial, como es el caso de que Manolo representa a los perdedores de la guerra civil. Esta razón es clave en su carácter, el motivo de por qué no se enfrenta a la autoridad, a pesar de la actitud despreciativa del Guardia Civil Ortega (Vicente Romero Sánchez); o de su actitud cautelosa, que revelará casi al final, cuando pierde el único recuerdo que tiene de su progenitor, fusilado por los falangistas en octubre

de 1936. Por lo tanto, se deduce que fue un desplazado forzado cuya existencia ha venido marcada por la violencia.



También se dispersa al abordar subtemáticas, como el alto analfabetismo femenino o el absentismo escolar en estas barriadas, sin subrayar más la relevancia de todos estos españoles que se integraron e impulsaron Cataluña. Y no se perfilan bien otros personajes secundarios e, incluso, cuesta encajar la excelente metáfora que configura con Joana y su solo con el coro. Pero, así y todo, es una pieza magnífica, de marcados valores, recordatorio de que la dignidad y solidaridad son universales.